

La palidez de la señorita Josselin había desaparecido; un ligero carmín cubría sus mejillas.

En una momentánea visión, recordó los hechos desplegados, las horas de esperanza y de decaimiento. Vió á su padre moribundo y los nobles rostros y la abnegación de los que le habían ayudado.

La víspera, rodeada de estos generosos corazones, creía haber llegado al fin de lo que se proponía. á la víspera del triunfo.

Y hoy estaba vencida, aniquilada, por la audacia y la astucia de los miserables que habían sido los fantasmas de toda su existencia.

En resistir no debía ni pensar. La vida de un hombre generoso, que espontáneamente le había ofrecido el apoyo de su brazo y de su fortuna, era sagrada y estaba en peligro.

Ante sus ojos todos los tesoros del mundo no valían lo que la vida de un hombre.

Abrió la boca, movió los labios y lentamente miró.

—¡El tesoro de Zimbo!... Mi legítima herencia... está escondida bajo las aguas del Sabi, á cinco metros de la ciudad de Mangubié... á tres metros de profundidad... bajo una roca que cae á plomo en la ribera derecha...

Muerta por la emoción, cerró los ojos y su cabeza se echó hacia adelante, inerte como la cabeza de un muerto.

Jim encogióse de hombros.

—¡Al fin!—dijo.

Después volviéndose á sus compañeros.

—¡Morgenstern vigilará á los prisioneros! En cuanto á tí hermano Joe, y á vos señor Gaston, seguidme...

Los tres se dirigieron precipitadamente hacia el río.

## VII

Los tres bandidos avanzaban con prisa febril y sin decir palabra.

Las miradas que lanzaban á hurtadillas tenían una expresión teroz. Aún no estaba el tesoro entre sus manos y ya sus dudas y sus desconfianzas se traslucían.

Los miserables se habían asociado para la perpetración de un odioso crimen; largo tiempo habían reunido sus esfuerzos en la común persecución; el momento de la hazaña se aproximaba, mas ellos tenían miedo.

Jim y Joe comenzaban á hallar molesta la persona del vizconde, después de todo no era más que un parásito.

Ellos eran los principales artistas de la victoria. El señor de Blaisois no había sido sino un acompañante á sus órdenes.

¿Con qué derecho reclamaba parte de sus ochenta millones?

—¡No! verdaderamente era ocasión de pensar en echarlo de la asociación.

El vizconde, por su parte, no pensaba menos.

—¡Hay más bocas para morder el bollo, que partes convenientes! Que el diablo me lleve sino encuentro un medio de arreglar las cosas ventajosamente para mí—decía.

Los tres hombres juzgaron prudentemente disimular los sentimientos que los movían.

—¡Henos al fin aquí, amigos Blackbaern!—dijo el señor de Blaisois con festivo tono.

—¡Sí! sólo nos falta conocer la situación exacta de la villa de Mangubié.

Joe subió un montículo que estaba detrás de él, llevó la mano á la frente, y se puso á estudiar los alrededores.

Después que se hubo orientado, extendió los brazos.